

# MARTÍN LUTERO: INTÉRPRETE AGUSTINIANO Y CONTRIBUYENTE DEL VATICANO II

## Martin Luther: Augustinian Interpreter and Contributor to Vatican II

---

Manuel Eduardo Calderón Contreras\*

### Resumen

Este artículo examina la comunión eucarística de la Iglesia con base en el análisis del pensamiento de Martín Lutero y San Agustín. Tanto Lutero y San Agustín bien pueden representar dos momentos de la historia muy importantes, hijos de una época con situaciones y contextos un tanto diversos y sin embargo un poco semejantes. Admito que Lutero puede seguir creando controversia e incluso “espanto” en ciertos sectores actuales, pero admitamos también que en su pensamiento podemos recuperar aspectos importantes para hoy, que han sido nublados y que

---

\* Licenciado en Teología dogmática- Sacramental equivalente a Magíster en Teología Dogmática-Sacramental, graduado con la Thesis ad Licentiam In Sacra Theologia dogmatico-sacramentaria en la PONTIFICIUM ATHENAEUM S. ANSELMI DE URBE FACULTAS S. THEOLOGIAE, docente en la Fundación Universitaria Cervantes San Agustín. Secretario de la Provincia Nuestra Señora de Gracia de Colombia y Secretario del Capítulo Universitario Unicervantes.

Cómo citar este artículo: Calderón, M. (2022). Martín Lutero: Intérprete agustiniano y contribuyente del Vaticano II. *Revista Caritas Veritatis*, 7, 99-137.

Recibido: 17-07-2022 // Aprobado 20-08-2022

bien valdrían la pena despejar; por eso el segundo capítulo pretende ser una vía de encuentro entre el pensamiento de Lutero y el Concilio y entre Lutero y san Agustín.

Martín Lutero, por ejemplo, frente a una concepción y organización eclesial, ve que el modelo de entonces no funciona y propone alternativas que ayuden a corregir aquello que, según él, no formaba parte de la verdadera unidad de la Iglesia de Cristo, y desarrolla entonces una teología para profundizar aquello que entiende por unidad (comunión) corporal y espiritual de la Iglesia, de una asamblea conformada por todos los que creen en Cristo; que lo lleva a centrarse en la Iglesia como una comunidad que celebra

**Palabras clave:** Martín Lutero, Vaticano II, comunión, eucaristía, Iglesia.

## Abstract

This article examines the Eucharistic communion of the Church based on the analysis of the thoughts of Martin Luther and Saint Augustine. Both Luther and Saint Augustine represent two very important moments in history, children of an era with somewhat different and yet somewhat similar situations and contexts. I admit that Luther may still create controversy and even “fear” in certain current sectors, but we must also admit that in his thought, we can recover important aspects for today that have been obscured and are worth clearing up; thus, the second chapter aims to be a meeting point between Luther’s thought and the Council, and between Luther and Saint Augustine.

For example, Martin Luther, faced with a conception and organization of the Church, sees that the model of that time does not work and proposes alternatives to help correct what, according to him, was not part of the true unity of the Church of Christ. He then develops a theology to deepen what he understands by the corporal and spiritual unity (communion) of the Church, of an assembly made up of all who believe in Christ; which leads him to focus on the Church as a community that celebrates.

**Keywords:** Martin Luther, Vatican II, Communion, Eucharist, Church.

## **1. Una Iglesia necesitada de renovación: comprensión individual y pietista de la Eucaristía**

La Iglesia del siglo XVI está inmersa en una época llena de grandes altibajos contradictorios entre sí; por un lado, están emergiendo diversos movimientos humanistas acompañados de grandes artistas, escultores, pintores, literatos, arquitectos, entre otros, y por otra parte nos encontramos con una Iglesia marcadamente jerárquica y en dificultades por las grandes debilidades humanas en torno al dinero, al poder y a los placeres.

El siglo de la Reforma será el conglomerado de factores históricos que convergen no en una *communio ecclesiarum* que floreció en el tiempo de la patrística, sino en una *Ecclesia romana* que en el Medioevo se ve reflejada por el poder del Papa que viene a verse como un rey, en otras palabras, no hay un ministerio evangélico del sucesor de Pedro sino el poder de “una monarquía papal y en las que tantas cosas giraban sólo en torno a la plenitud de

poderes, facultades y derechos. Una Iglesia como comunión de iglesias no podía tener cabida en esa eclesiología” (Kehl, 1996).

Los comienzos del siglo XVI están marcados por descubrimientos e inventos, el comercio entre naciones es cada vez más importante y las relaciones entre éstas y los reinos muchas veces rivalizan entre sí; es así que nace la burguesía y con ella los comerciantes y las ciudades se hacen cada vez más grandes. El humanismo y renacentismo hacen su entrada cada vez con mayor fuerza y surgen grandes figuras tan reconocidas aún hoy como Nicolás Maquiavelo con su obra *El Príncipe* (1513) o Tomás Moro con su obra *Utopía*; otros serán reconocidos por sus genialidades en la pintura y escultura como Leonardo da Vinci, Miguel Ángel o Rafael. Todo este movimiento humanista reclama de alguna manera el regreso a las fuentes antiguas y se comienza un cierto romanticismo por las cosas antiguas. Pero en el nivel eclesiástico las cosas no iban bien, tal como lo argumentó en su momento (Lazcano, 2009).

El papado está cada vez más preocupado por los Estados Pontificios y sus propias familias que por la reforma de la Iglesia. Los papas renacentistas se veían a sí mismos como gobernantes políticos, su vida moral era públicamente escandalosa... los abusos de los obispos y altos cargos eclesiásticos eran continuos. Lo esencial de los cargos eran sus rentas... el bajo clero vivía en la incultura, la ociosidad y el concubinato (p. 23).

La situación de la Iglesia no era la mejor. Sin embargo, su influencia en la vida de las personas era notable, todo dependía prácticamente de ella. “Una multitud de mediaciones populares, santos terapeutas y dramaturgos

acompañaban en los viajes, en las enfermedades y en la vida cotidiana. Además, estaban las indulgencias” (Lazcano, 2009, p. 26) que caminaban de la mano con la existencia del purgatorio y con el culto por las almas que allí permanecían, por lo que una gran preocupación de la gente de la época fue la salvación de éstas.

En este siglo, además, es casi normal hablar de reforma, especialmente en niveles intelectuales de la sociedad. La gran mayoría estaba de acuerdo en realizarla, aunque no supiesen en realidad qué implicaba o qué cosas debía abarcar. “Aun así, fue unánime el llamamiento permanente a la reforma de la Iglesia, a la purificación de su doctrina y de su vida... desde esta perspectiva «reforma» significa vuelta a los orígenes de la comunidad cristiana, pobre y confiada en Dios, según la forma de vida de Cristo” (Lazcano, 2009, p. 27)<sup>1</sup>.

Ahora bien, a nivel eucarístico, llegan a este siglo una serie de prácticas y concepciones marcadas por la piedad y la devoción. Ya desde 1215 se vive una grande piedad eucarística, ambiente en el cual hace su aparición la solemnidad del *Corpus Christi* instituida por el papa Urbano IV sesenta días después de la Pascua, Tomás de Aquino escribirá los himnos y el papa Juan XXII completará la celebración al introducir además la procesión.

Nacen también las así llamadas *misas votivas* que vienen a configurarse con un sentido diferente al misterio de

---

<sup>1</sup> “Además de la crítica contra la Iglesia rica en medio de una sociedad pobre, los conflictos entre el Imperio y el Papado, la lucha de las investiduras, el movimiento conciliar y la crítica de los Papas por la Dieta imperial en Alemania, fue creando una antipatía entre la Europa central e Italia. Los alemanes fueron convirtiéndose con el paso de los años, en el plano popular, en víctimas de las exigencias financieras de la Iglesia principalmente con la codiciosa y doctrinalmente sospechosa venta de indulgencias” (Lazcano, 2009, p. 28).

Cristo y más enmarcado por las necesidades personales a causa de circunstancias dolorosas o difíciles, a las cuales el poderoso sacrificio de Cristo debía dar alguna respuesta. “Las celebraciones son más bien ordenadas exclusivamente a obtener de Dios la satisfacción de un deseo (lat: *votum*) que tiene por objeto cualquier *necesidad personal*” (AA. VV., 2007). Sin embargo, en medio de estas prácticas podemos notar la popularidad en los fieles, un reflejo de la visión de un Dios más bien cercano al sufrimiento humano y envuelto dentro de la vida cotidiana.

No obstante el peligro de tergiversar las misas votivas está presente y a la orden del día en el momento en que la eucaristía va perdiendo su esencia de unión con Cristo y con la Iglesia, para convertirse casi que en un santo más, ya que al igual que a las devociones a los santos (no en el sentido de imitación de virtudes heroicas sino en una especie de patrono protector), la misa se convierte en una devoción más de los fieles ya que “no era principalmente vista por el originario proyecto cristiano: medio de *comunidad con Cristo* para nuestra santificación, sino más bien se transforma en *medio infalible de intercesión* para alcanzar los propios deseos” (AA. VV., 2007).

En medio de este contexto político, cultural y religioso debemos acercarnos a la figura de aquel fraile agustino de Erfurt, que viviendo a su vez una piedad propia de la época, y con un amor profundo por la Iglesia de Cristo, se adentra en una obra ambiciosa de reforma dentro de la Iglesia misma. Aunque Martín Lutero ha despertado en diferentes épocas discusiones acaloradas, hoy, después de algunos siglos que nos separan históricamente, debemos acercarnos a él con una mirada ecuménica, con una visión de conjunto donde no se le condene sin más, y se tenga en cuenta que su intento de reforma buscaba

responder a un deseo profundo de renovación frente al antitestimonio en el que vivían grandes sectores de la Iglesia. En la actualidad parece ser que se ha abierto una puerta para sanar un poco esas heridas profundas que han dejado siglos de rivalidades y conflictos en busca de una renovación y una reconciliación verdaderamente cristianas. Concretamente los últimos dos pontificados de Juan Pablo II y de Benedicto XVI, han propiciado espacios para este diálogo fraterno; concretamente en septiembre de 2011 el Papa Benedicto XVI en su visita a Alemania, ha realizado un encuentro con la Iglesia luterana y en uno de sus discursos ha expresado lo siguiente:

Como Obispo de Roma, es para mí un momento de profunda emoción encontrarlos aquí, en el antiguo convento agustino de Erfurt. Hemos escuchado que aquí, Lutero estudió teología. Aquí celebró su primera Misa. Contra los deseos de su padre, no continuó los estudios de derecho, sino que estudió teología y se encaminó hacia el sacerdocio en la Orden de San Agustín. Y en este camino, no le interesaba esto o aquello. Lo que le quitaba la paz era la cuestión de Dios, que fue la pasión profunda y el centro de su vida y de todo su camino. “¿Cómo puedo tener un Dios misericordioso?”: Esta pregunta le penetraba el corazón y estaba detrás de toda su investigación teológica y de toda su lucha interior. Para Lutero, la teología no era una cuestión académica, sino una lucha interior consigo mismo, y luego esto se convertía en una lucha sobre Dios y con Dios. “¿Cómo puedo tener un Dios misericordioso?”. No deja de sorprenderme en el corazón que esta pregunta haya sido la fuerza motora de su camino... Para Lutero, el criterio hermenéutico decisivo en la interpretación de la Sagrada

Escritura era: “Lo que conduce a la causa de Cristo”. Sin embargo, esto presupone que Jesucristo sea el centro de nuestra espiritualidad y que el amor a Él, la intimidad con Él oriente nuestra vida (Discurso del Papa Benedicto XVI, 2001, p. 2).

En estas palabras podemos notar un acercamiento a la figura de Lutero, ya no desde una perspectiva defensiva de parte del Papa y en él de la Iglesia Católica, sino más bien una apertura que permite descubrir en él, en lo posible, su más profundo deseo por renovación y su dolor interior por una Iglesia que no estaba siendo coherente con su misión.

En estas breves páginas intentaré mostrar, sin llegar a violentos confrontos antiluteranos, su pensamiento acerca de la eucaristía, rescatando las luces que él a través de sus escritos nos ha presentado y que en cierta manera podemos encontrar en el Concilio Vaticano II, sin decir con esto, que sea él la inspiración del Concilio, pero sí mostrando cómo su propuesta contenía puntos en los cuales era necesario reflexionar y que a través de los siglos, de una u otra manera han encontrado eco en la renovación propuesta por el Vaticano II.

## **2. Martín Lutero y su propuesta de la Cena del Señor como comunión eclesial, ¿aportes al Vaticano II?**

### **2.1. Iglesia en comunión y ministerio, la eucaristía sacramento de unidad y vínculo de caridad**

Para Martín Lutero es muy importante la vida misma de la comunidad cristiana que como hijos de Dios y hermanos en Cristo, se reúnen en torno a la Palabra de Dios para

escuchar su mensaje y testimoniar su fe; estos hermanos constituyen la Iglesia de Cristo y celebran su comunión por medio del sacramento de la eucaristía<sup>2</sup>, como intentaremos anotar en estas líneas.

Lutero afirma que Jesús ha establecido una nueva ley y que el mejor modo de servir a Dios es la santa misa, ese es el verdadero culto, a la vez que exalta la simplicidad o la sencillez con la cual el Señor y sus discípulos celebraron aquella última cena, al igual que continuaron haciéndolo los primeros cristianos.

Lutero desarrolla su reflexión eucarística, en parte para revisar las prácticas rituales de su tiempo y los elementos que se usaban para la misa como los ornamentos, entre otros, sin embargo, es de rescatar en Lutero el afán por sacar a flote la celebración de la cena, para no estancarnos en simples formalismos externos que no concuerdan muchas veces con la realidad de nuestro corazón; en ese sentido, la Santa Cena para Lutero, debe recuperar su dimensión de acción de gracias, en su simplicidad la eucaristía debe ser un agradecimiento continuo a Dios por su misericordia.

Es por eso por lo que en él se despierta un deseo profundo de rescatar la cena originaria de Jesús, lo más posible-mente parecida a la celebrada con los discípulos, y para esto busca eliminar todos aquellos ritos y anexos que no están contemplados en la Escritura, como los cantos, los ornamentos, los órganos, lámparas... para concentrarse en las palabras mismas de Jesús, buscando así la debida centralidad a la Palabra de Dios (Lutero, 2006). Volver a

---

<sup>2</sup> Lutero llama a este sacramento con diversos nombres, tales como eucaristía, santa cena, comida, misa.

los orígenes cristianos será para Martín un aspecto importante en la renovación litúrgica que desea trabajar en la Iglesia, para esto será central el retorno a las Sagradas Escrituras, de manera especial al Nuevo Testamento.

Ahora bien, Lutero presenta el sacramento de la eucaristía como el testamento que Jesús desea dejar a sus discípulos y por esto un requisito necesario para acercarse a esta celebración será la fe, convirtiéndonos así en herederos de ese testamento, de la promesa de la salvación y del perdón de los pecados que se encuentra en él. Asimismo, al llamarlo testamento explica el sentido haciendo una analogía, afirmando que a nivel civil para que un testamento sea válido se necesita que el testador muera, y este testamento prefigurado desde el Antiguo Testamento (pacto, alianza) sólo se podía realizar si Dios se hacía hombre, “por eso, en la misma palabra «testamento» se incluyen, en un modo conciso, la encarnación y la muerte de Cristo” (Lutero, 2006, p. 206)<sup>3</sup>.

La fe es tan importante en la misa que, si no se cree en ella, se estaría insultando y renegando de la muerte de Cristo. Por eso “la fe misma y tu confianza debe y puede hacerte feliz y hacer nacer un libre amor por Cristo, mediante el cual comienzas a vivir placenteramente una vida realmente buena y a tener el pecado lejos de tu corazón” (Lutero, 1995a). Por eso para Lutero el reconocerse indigno de recibir este sacramento no debe ser justificación para no recibirlo, porque lo importante es la fe y la confianza en la palabra de Cristo, quien nos ha dejado como testamento este sacramento; precisamente

---

<sup>3</sup> La misma reflexión hace Lutero en el Sermón sobre la Santa Cena y dice: “Cosi la parolina «testamento» è un piccolo compendio di tutti i miracoli e di tutte le grazie di Dio adempiute in Cristo” (Lutero, 1995a, p. 1521).

por ser un testamento divino es dado también a las personas indignas, para que descubran su amor y le amen. Es así como Lutero llega a afirmar que el pronunciar las palabras de la consagración en secreto y no permitir que los laicos la escuchen, es un error grave, pues por la misma razón de ser un testamento es indispensable que se escuchen las palabras para que se comprendan y así se entienda qué cosa se nos promete. Y es por esto, también, que ve necesario celebrar la misa en la propia lengua, en el idioma que la gente pueda realmente comprender<sup>4</sup>, de esta manera todos podrán percibir la misericordia de Dios que ha querido hacernos partícipes del único sacrificio de Cristo.

Para el Reformador es central la Palabra de Dios, por eso da tanta importancia en primer lugar a la promesa de Dios por medio de su Palabra, a su presencia amorosa en medio del pueblo, y así con la respuesta de la fe y la confianza en él, el hombre puede realizar obras justas; “esta confianza y esta fe es principio, centro y fin de todas las obras y de la justicia” (Lutero, 1995a, p. 103).

Como consecuencia de lo anterior, para Lutero, la misa de ninguna manera puede considerarse un sacrificio ofrecido por nosotros a Dios, sino que se debe agradecer a Dios por los alimentos, los bienes y tantas otras cosas que nos concede diariamente<sup>5</sup>. La costumbre de recoger

---

<sup>4</sup> El Vaticano II con su reforma litúrgica abrió el espacio para que “en las Misas celebradas con asistencia del pueblo pueda darse el lugar debido a la lengua vernácula” (SC 54), aunque sin perder el tradicional uso del latín como lengua oficial de la Iglesia (Lutero, 1995).

<sup>5</sup> Para Lutero, Cristo ha instituido el sacramento de la eucaristía no como un sacrificio, pues al instituirlo él nos da su gracia y no para que nosotros demos a él nuestra “obra buena”. Esta pretensión de ofrecer nosotros un sacrificio es para Lutero una monstruosidad, porque Cristo se ha ofrecido una sola vez para siempre y con este sacrificio único ha perdonado nuestros pecados, por eso para él la

comida y dinero en la colecta de las misas debe ser destinado para compartirlo con los pobres, afirma Lutero, de manera que entre la comunidad cristiana no permanezca ninguna persona con grave necesidad, como mendigo, sin lo necesario para vivir dignamente (Lutero, 1996). Y no es sacrificio porque nosotros no ofrecemos nada a Dios, sino más bien es él quien nos da todas las cosas; al contrario, debemos ofrecernos nosotros mismos a Dios para que él haga su voluntad en nosotros, nuestro sacrificio es el de alabarlo.

Y también es cierto que un semejante sacrificio tiene lugar y debe tenerlo, también fuera de la misa, porque no pertenece esencialmente a la misa, es más bello, más apropiado, más eficaz y también más agradable si eso tiene lugar en la comunidad y en la asamblea, en la cual se nos estimula, incita e inflama... Cristo ha prometido que donde dos o tres están reunidos en su nombre allí él está en medio de ellos” (Lutero, 1995a, p. 127)<sup>6</sup>.

---

misa entendida como sacrificio se constituía en una de las principales causas de debilitamiento de la fe. “En el Sermón sobre el Nuevo Testamento, Lutero se empeñó en analizar el sentido que pudiera tener la misa entendida como sacrificio. Pero no un sacrificio que ofrezca el cuerpo de Cristo: en la misa los cristianos *reciben*, *no dan* un beneficio. ¿Dónde se ha escuchado que recibiendo una herencia se cumple una obra buena? Pero cuando los cristianos se reúnen para recibir juntos el beneficio del sacramento, elevan a Dios sus oraciones de agradecimiento, y ésta (porque nace de la fe, de la contrición y de la confianza a la gracia) es verdaderamente una obra buena, una «oferta»” (Lutero, 1996).

<sup>6</sup> Muchas han sido las discusiones teológicas acerca de este tema sacrificial de la eucaristía; el Magisterio de la Iglesia presenta la eucaristía como sacrificio, un sacrificio que ofreció Cristo una vez para siempre y que en la liturgia se hace presente de nuevo sacramentalmente, ya no de manera cruenta como en la cruz sino de manera incruenta, que no significa algo alusivo. “Nuestro Salvador, en la Última Cena, la noche que le traicionaban, instituyó el Sacrificio Eucarístico de su Cuerpo y Sangre, con lo cual iba a perpetuar por los siglos, hasta su vuelta, el Sacrificio de la Cruz y a confiar a su Esposa, la Iglesia, el Memorial de su Muerte y Resurrección sacramento de piedad, signo de unidad, vínculo de caridad, banquete pascual, en el cual se come a Cristo, el alma se llena de gracia y se nos da

Lutero de ninguna manera niega la bondad de la eucaristía, pero lo que él no comparte es que se vea como una obra que el hombre entrega a Dios a cambio de otras cosas, porque para Lutero la misa es ante todo un don, es algo que recibimos de Cristo mismo en la última Cena y que trae consigo el perdón de los pecados y la reconciliación, quedando fuera el protagonismo humano, por lo que no la ofrecemos nosotros a Dios, es él quien ofrece la eucaristía a nosotros. “Así viene recibida solo por la fe sin obras, de lo contrario serían las buenas obras para meritárla” (Lutero, 2001). No quiere decir esto que Lutero niegue las buenas obras, lo que sucede es que él ubica en primer lugar la fe y como consecuencia de ésta las obras, el amor al prójimo es la prueba de una auténtica fe<sup>7</sup>.

Otro aspecto que Lutero no acepta de la eucaristía celebrada en la Iglesia romana es el hecho que se convirtiera

---

una prenda de la gloria venidera” (SC 47). Para la comprensión de este tema es necesario tener presente la mediación simbólica del rito; por eso, afirma L-M Chauvet, si la misa es sacrificio, no podemos olvidar que también es memorial, alimento, acción de gracias, el todo mediante el Espíritu... y como sacrificio de propiciación (Trento) o expiación se comprende también bíblicamente como reconciliación, pero ubicada dentro de la eucaristía, sin olvidar la primacía de la acción de gracias al Padre por su obra redentora en Cristo. Cfr. Chauvet, Louis-Marie, *L'umanità dei sacramenti*, 194-197. Por otra parte, “la Iglesia se hace solidaria en la celebración del sacrificio de Cristo, lo hace suyo, lo ofrece al Padre, como el único don sacrificial que puede ofrecerle. Pero por otra, también se auto-ofrece a sí misma, entrando en la dinámica pascual y sacrificial del Señor” (Aldazabal, 2008).

<sup>7</sup> Hablando de san Pablo, Lutero afirma: “...él resume brevemente cuál debería ser la vida plena del cristiano, es decir, fe y amor: fe en Dios... en seguida el amor por el prójimo, que, en cuanto fruto de la fe, prueba que la fe es auténtica y no ociosa y falsa, sino activa y viviente” (Lutero, 1996, p. 104). El Magisterio de la Iglesia enseña que el sacramento de la Eucaristía no anula el sacramento de la Penitencia o Reconciliación, antes bien, podríamos afirmar que lo presupone, así como presupone el Bautismo. Si el cristiano tiene conciencia de haber cometido un pecado mortal, debe reconciliarse primero con el sacramento de la Penitencia para después acercarse a celebrar la comunión; al respecto puede verse la encíclica de Juan Pablo II *Ecclesia de Eucharistia* nn. 36-37 o más recientemente Benedicto XVI en la Exhortación apostólica postsinodal *Sacramentum caritatis* nn. 20-21.

en una cosa comercializable, es decir, se pagaba por un cierto número de misas a las que después ni siquiera se asistía.

Lutero enfatiza que ser cristiano implica vivir en la caridad obedeciendo así al evangelio, donde Jesús mismo se muestra como ejemplo de una vida en amor hacia los demás. Necesitamos estar lejos de cometer cualquier cosa injusta y de gozarnos en el mal, debemos acercarnos al bien y vivir la virtud cristiana del amor. “Esto es un vicio extendido, alegrarse del dolor de los demás, mientras sería justo lo contrario, tener compasión por quien sufre” (Lutero, 1984)<sup>8</sup>. Por eso de ninguna manera podemos alegrarnos de las calamidades, dolores o defectos de los otros.

Y como cristianos, amados eternamente por la Trinidad, no estamos solos porque la acción del Espíritu Santo se hace presente entre nosotros, Lutero afirma que él nos enseña a vivir no sometidos a una ley impuesta por los hombres sino a una libertad propia de quienes han sido integrados a Cristo. En primer lugar, el Espíritu Santo libera al hombre de la esclavitud de la ley, del pecado e incluso de la muerte, y en un segundo lugar “Él dona a nuestro corazón también el amor y la misericordia hacia nuestro prójimo” (Lutero, 1984)<sup>9</sup>; por lo tanto, el Espíritu ayuda al cristiano a realizar obras buenas.

---

<sup>8</sup> El Vaticano II también presentará como algo importante en las celebraciones eucarísticas la caridad, insistiendo en varios de sus documentos sobre la solidaridad, el amor fraterno y la justicia, para que se testimonie la comunión celebrada en este sacramento (LG 7. 28; GS 1. 38; PO 6).

<sup>9</sup> Por su parte el Concilio Vaticano II hará gran importancia a la acción que el Espíritu Santo obra en la Iglesia, por ejemplo, en LG 4 se afirma que él habita en la Iglesia (en el corazón de los fieles), la santifica, la dirige y la enriquece con numerosos dones y la unifica en comunión y ministerio.

En consecuencia, se reconocerá la importancia del Espíritu Santo en el surgimiento de carismas y de ministerios que deben ser puestos al servicio de la comunidad<sup>10</sup>. Es así, como uno de los ministerios más problemáticos en torno a la eucaristía, la función sacerdotal, no puede ser vista como algo privado, sino que debe considerarse como común a todos los cristianos, según la afirmación de san Pablo: “os exhorto, pues, hermanos, por la misericordia de Dios, a que os ofrezcáis a vosotros mismos como un sacrificio vivo, santo, agradable a Dios: tal será vuestro culto espiritual” (Rom 12,1); apoyándose en esta frase, Lutero afirma que san Pablo habla aquí de la función sacerdotal, “que consiste en ofrecer en la víctima y en el celebrar un culto espiritual, es decir, ofrecer no animales, como hacían los sacerdotes de la ley, sino a sí mismos” (Lutero, 1995b, p. 69).

El sacrificio consiste, entonces, en ofrecerse a sí mismos siguiendo el ejemplo mismo de Cristo, muriendo a las obras de la carne y abriéndose a las obras del Espíritu. Pero hay también para Lutero otro tipo de sacrificio y es el de agradecimiento, siguiendo varios textos bíblicos (Sal 51,19; Sal 29; Sal 4,60; Hb 13,15, Os 14,2; Sal 116,16-17) argumenta cómo a Dios le agrada que nosotros con un corazón contrito y humilde nos acerquemos a Él y le rindamos un sacrificio de alabanza. Y de aquí enfatiza cómo la eucaristía no puede ser considerada sacrificio porque Cristo se ofreció una sola vez por todos y no es su voluntad que nosotros lo ofrezcamos de

---

<sup>10</sup> El Vaticano II, afirmará la importancia de la acción santificadora del Espíritu Santo en la vida de la Iglesia, es él quien enriquece a la Iglesia con carismas y ministerios para ponerlos en servicio de los demás, quien congrega y crea comunidad (LG 4). Los ministerios están para el servicio de los demás, su razón de ser es en relación con la comunidad no en razón de honores personales, no en función de privilegios egoístas (LG 12).

nuevo, al contrario, lo que debe hacerse es recordarlo (Lutero, 1995b). Y dentro de esta función sacerdotal, se encuentra también la predicación de la Palabra de Dios, este ministerio de la Palabra también es común a todos los cristianos y todos están llamados también a escuchar (Lutero, 1995b).

Algo que a Lutero no le agrada es el hecho que el sacramento de la eucaristía hubiese caído en un exagerado sentido supersticioso hasta el punto de considerarse extremadamente grave tocar el pan o el vino con la mano o con cualquier parte del cuerpo, “evidentemente no consideran el cuerpo humano y su carne entre las cosas buenas creadas por Dios” y en la misma página unas pocas líneas después afirma: “Dicen que es de mala reputación hacer entrar en la boca de un cristiano alguna cosa antes del cuerpo de Cristo... En cambio, Cristo y sus apóstoles hicieron la comunión después de haber cenado” (Lutero, 1995b, p. 179). Y en esta línea afirma también, y lo repite a lo largo de muchas páginas en varios escritos, que el peor abuso que se puede hacer de la eucaristía es convertirla en un sacrificio y en una obra buena realizada por la persona.

La eucaristía para Lutero no es un sacrificio ofrecido a Dios sino un regalo recibido, es un beneficio donado a los hombres, porque según los textos eucarísticos del evangelio de Lucas (22, 19-20) y el texto paulino de 1 Corintios (11,23-25) se dice que Jesús dio gracias y bendijo, en consecuencia, el que agradece y bendice lo hace porque se alegra de haber recibido algo bueno de Dios (Lutero, 1995b). y la eucaristía es ante todo una acción de gracias. Por esta razón no puede admitir por ningún motivo que se niegue la comunión con las dos especies a los laicos, pues Jesús lo entrega a todos y manda que estos

elementos sean comidos y bebidos; “aquí no viene mandado hacer una oferta, de hacer obras buenas, sino solamente de recibir, comer y beber” (Lutero, 1995b, p. 206).

## **2.2. La eucaristía, fuente y culmen de la vida de la Iglesia**

Para Martín Lutero, quien estuvo varios años formándose en el convento de los Ermitaños de San Agustín en Erfurt, no podía desconocerse la centralidad que San Agustín había dado a la eucaristía, junto a su dimensión comunitaria. Por eso para él, este sacramento se constituye en el centro de la discusión teológica y ritual, porque allí se encuentra la palabra de Dios con toda su centralidad, allí se hace presente Cristo mismo, allí la comunidad cristiana se reúne como familia en torno a un único Padre, allí se experimenta la reconciliación con Dios, allí se fortalece la fe al comer el cuerpo de Cristo y al beber su sangre, allí la caridad surge y encuentra su alimento. Por eso podríamos afirmar que para Lutero la eucaristía se configura como el primero de los tres sacramentos que él acepta como tales<sup>11</sup> (Lutero, 2006).

Para Lutero es inquietante la ignorancia que los fieles tienen acerca de este sacramento y desea intensamente que éstos descubran el gran tesoro de la eucaristía y que descubriéndolo puedan amarla realmente; por eso él presenta seis cosas que se encuentran en la Santa Cena y que a su modo de ver deben ser conocidas por todos: la primera es reconocer en Jesús mismo como el Testador,

---

<sup>11</sup> Lutero reduce los sacramentos a tres: bautismo, eucaristía y penitencia. Para él un sacramento debe corresponder con una palabra clara de Jesús y además debe tener un signo (Palabra y materia). Más tarde dirá que la penitencia no es un sacramento porque no tiene materia sino solamente palabra, y además lo que se dice de la penitencia está también en el bautismo.

es él quien hace la promesa; en segundo lugar, el pacto, la nueva alianza; como consecuencia, los cristianos se descubren como herederos de esa promesa; en tercer lugar está el testamento mismo, es decir, las mismas palabras de Jesús; en cuarto lugar, debe reconocerse el sello o signo que es el sacramento, o el pan y el vino bajo los cuales se presenta el cuerpo y la sangre de Cristo verdaderamente; en quinto lugar encontramos los bienes que recibimos de este testamento, los frutos que emanan de él, que son la remisión de los pecados y la vida eterna; y en último lugar la responsabilidad nuestra de mantener vivo este testamento, de hacer memoria y meditar la muerte de Cristo<sup>12</sup>.

Por eso no agrada a Lutero la costumbre de la época según la cual las palabras de Jesús (palabras de la consagración) en la última Cena se debían pronunciar a baja voz, prácticamente en secreto, lo que impedía a los fieles escuchar esa promesa de Jesús que se entrega por todos, que promete la salvación y la sella con su sangre (Lutero, 2006). En otras palabras, para Lutero no basta solamente que se vean los signos externos del pan y del vino, que era lo que la gente podía captar, es más importante aún el testamento, es decir, las palabras que guardan en sí la promesa de Jesús, que nutren y fortifican la fe.

Para Lutero no es aceptable de ninguna manera la celebración de las misas privadas, porque precisamente por la naturaleza comunitaria de la eucaristía, que Cristo dio para que sea compartida, no se entiende por qué un

---

<sup>12</sup> Lutero reconoce tres cosas importantes en la eucaristía: el sacramento que son los signos externos del pan y del vino, lo que esto significan, es decir, la comunión de los santos y en tercer lugar la fe en los dos primeros. Por eso Lutero insistirá tanto en pedir a la Iglesia que se retorne a dar también a los laicos el vino junto con el pan (Lutero, 1967, p. 299). Para mayor profundidad puede verse en Caspani y Magnoli (2001).

sacerdote deba celebrar la misa de manera privada<sup>13</sup>. Igualmente, buscando ejemplificar mejor su argumento, hace una referencia al sacramento del bautismo donde siempre deben estar al menos dos personas, aquella que es bautizada y la otra que bautiza; “Se trata de un ministerio que da algo a otro en cuanto miembro de la comunidad, y no toma para sí sin dar nada a los demás, come haces tú en la misa” (Lutero, 1996, p. 221). Y un poco más adelante se preguntará como haciendo un reclamo, “¿si es verdad que ningún sacramento puede ser celebrado por una sola persona para sí misma?, ¿cómo es posible que tú administres por sí solo, a ti mismo, este único y sublime sacramento?” (Lutero, 1996, p. 299). Y continúa expresando a lo largo de sus líneas muchas otras expresiones en contra de la misa privada de los sacerdotes, por ejemplo me permito hacer una citación más que expresa claramente la dimensión comunitaria de la eucaristía, su carácter de un banquete fraterno y su aspecto como alimento que fortalece:

Según la intención de Cristo, el sacramento está ordenado e instituido para este propósito: que sea dado a los demás cristianos o compartido con ellos, como una comunión y un alimento común, para reforzar y confortar su fe. Esto nuestros celebrantes de misas privadas no lo hacen” (Lutero, 1996, p. 307).

---

<sup>13</sup> El Concilio de Trento dirá que las misas no son privadas porque hay asistencia de la comunidad que se reúne y que hacen la comunión espiritualmente, pero en realidad era solo el sacerdote quien comulgaba. Por eso, aunque el concilio pretenda ampliar la manera de celebración comunitaria, sin embargo, no dejaban de ser privadas y estas misas se iban convirtiendo también en misas solitarias a la vez que despertaban las prácticas devotas. Incluso las misas parroquiales, eran en realidad misas privadas: “De hecho en una celebración repleta de gente, esto no era otra cosa que una asistencia pasiva, solo esperando que el sacerdote terminara, sobre un lejano altar, en una lengua desconocida y con gestos incomprensibles, su Misa” (Marsili, 1992, p. 92).

La Santa Cena del Señor o la misa, como la llama Lutero, por el hecho de ser una expresión de comunión es el centro de la vida cristiana, no puede, de ninguna manera, convertirse en una celebración privada, donde no hay presencia de fieles y por lo tanto no hay ninguna presencia comunitaria<sup>14</sup>. Por eso Lutero en varias oportunidades parte del sacerdocio común de todos los cristianos para enfatizar la misa como celebración común de todos los cristianos. “Nosotros que somos cristianos, es decir hijos de Cristo sumo sacerdote, somos todos sacerdotes con su mismo sacerdocio” (Lutero, M., 1995b).

Toda esta negativa de Lutero contra las misas privadas se debe también a que la misa es sacramento de la Iglesia y no algo de propiedad del sacerdote quien debe ser un servidor de la Iglesia, por lo tanto, cuando se celebran esta clase de misas la Iglesia no recibe este sacramento porque el sacerdote lo toma para sí. Es más, llega a afirmar que cuando se hacen estas misas, la presencia de Cristo en los elementos del pan y del vino se deben poner en duda, y ninguno está obligado a creer que en éstas están presentes el cuerpo y la sangre de Cristo (Lutero, 1996, p. 311). El Concilio Vaticano II expresa en varias oportunidades la importancia del servicio pastoral de los sacerdotes, “hermanos entre los hermanos” quienes a ejemplo de Cristo deben cuidar de los fieles, instruirlos y alimentarlos con la Eucaristía, construyendo así la unidad en la caridad y el trabajo (LG 28, PO 8.9.15).

Ahora bien, otro punto que Lutero resalta y le da gran centralidad es la dimensión reconciliadora de la eucaristía

---

<sup>14</sup> En este sentido, el Vaticano II también hará especial énfasis en la importancia y la necesidad de hacer de la eucaristía una celebración comunitaria, prefiriéndose “a una celebración individual y casi privada” (SC. 27), aspecto que hemos desarrollado en el punto 1.4 del anterior capítulo.

cuando afirma que ésta perdona los pecados, según la promesa hecha por Jesús mismo en la última cena: “¿Qué cosa es este sacramento?... De verdad un gran tesoro, eterno, inefable, es decir la remisión de todos los pecados, como dicen claramente las palabras: «Este es el cáliz de un testamento nuevo y eterno en mi sangre, que es derramado por ustedes y por muchos para la remisión de los pecados»” (Lutero, M, 1995<sup>a</sup>, p. 107). Y no solamente esto, sino que además es un sacramento que fortalece al hombre en su fe, en la esperanza y en el amor, y por eso el ser humano tiene una seria necesidad de él.

En este punto Lutero, a mi parecer, presenta algo parecido a aquello que la Iglesia llama *comunión espiritual* cuando escribe:

Dice Agustín: «Cree y habrás (ya) comido». ¿Pero a qué cosa se cree sino a la palabra de aquel que promete? Yo puedo tener cada día, es más cada hora, la misa, hasta el punto de que puedo ponerme delante de las palabras de Cristo cada vez que quiero y en ellas alimentar y fortificar mi fe. Esto es de verdad un comer y beber espiritualmente” (Lutero, M., 2006, p. 143).

Un punto interesante acerca de la dignidad para celebrar la misa es la exhortación de Lutero a no tener miedo de acercarnos a Cristo a causa de nuestras debilidades y pecados, ya que debemos confiar en su grande misericordia. Cristo nos ama y desea que quienes creen en él alcancen la salvación (Lc 12,32): “Esta misma inconcebible sobreabundancia que Dios nos reserva por medio de Cristo hace sí que nosotros lo amemos con un ardentísimo amor por encima de todo, que con gran confianza nos dejamos llevar hacia él, despreciando todo lo demás,

dispuestos a sufrir todo por él. Justamente, por eso, este sacramento se ha llamado «fuente de amor» (Lutero, M., 2006, p. 141)<sup>15</sup>.

Vemos aquí plasmado de manera sencilla, pero a la vez entusiasta, la exhortación de Lutero para que amemos con profundidad a Cristo, que seamos capaces de demostrarlo incluso hasta derramando nuestra sangre y entregando nuestra vida por amor suyo. Un amor grande que se manifiesta de manera especial en la Eucaristía, donde al celebrar su encarnación, muerte y resurrección, experimentamos lo mucho que nos ama, como lo afirma también san Juan cuando dice que no hay mayor prueba de amor que dar la vida por aquel a quien se ama (Jn 15,13).

### 2.3. Iglesia Eucarística, la Comunión de los Miembros del Cuerpo de Cristo

En la Santa Cena, en los elementos del pan y del vino Lutero distingue dos niveles importantes, a saber, un nivel interior y otro exterior; el pan y el vino —exterior, que se ve con los ojos del cuerpo— ayudan a captar y a comprender el plano interior —que se ve con los ojos del corazón (Lutero, 1995a). En este punto Lutero, como agustino que era, deja aflorar de alguna manera la espiritualidad agustiniana de la interioridad que nos remite al corazón, que conduce a entrar en nosotros mismos donde habita el maestro interior<sup>16</sup>.

---

<sup>15</sup> El Concilio Vaticano II resaltará que la Eucaristía es la fuente y el culmen de toda la vida de la Iglesia (LG 11), ya que en ella nos unimos con Cristo y entre nosotros mismos por el vínculo de la caridad (LG 7).

<sup>16</sup> La interioridad o mirar hacia el interior abarca en san Agustín “tres conceptos interrelacionados: el sí-mismo interior, el volverse hacia el interior, y los signos exteriores como expresiones de cosas interiores... En otras palabras, basándose

Un aspecto importante para rescatar es la importancia que Lutero da a la celebración comunitaria de la eucaristía, no la ve como simplemente una acción del sacerdote únicamente, sino que todos celebramos este sacrificio de alabanza y de agradecimiento a Dios, “pero nosotros no podemos ser siempre los mismos, por eso la misa fue instituida para que podamos reunirnos y ofrecer en comunión aquel sacrificio de alabanza” (Lutero, 1995a, p. 129). El Vaticano II dirá que los fieles cristianos no pueden asistir a la celebración eucarística como meros espectadores mudos y extraños, sino que:

Comprendiéndolo bien a través de los ritos y oraciones, participen conscientes, piadosa y activamente en la acción sagrada, sean instruidos con la Palabra de Dios, se fortalezcan en la mesa del Cuerpo del Señor, den gracias a Dios, aprendan a ofrecerse a sí mismos al ofrecer la hostia inmaculada no sólo por manos del sacerdote, sino juntamente con él, se perfeccionen día a día por Cristo mediador en la unión con Dios y entre sí, para que, finalmente, Dios sea todo en todos (SC 48). (Lutero, 1995a, p. 129).

Esto lo lleva a ver en cada cristiano un sacerdocio común, en virtud de la fe en Cristo como pastor y en él se fortalecen y se apoyan, “y por su medio presentan delante de Dios oraciones, alabanzas, penas y ellos mismos, y no dudan que él haga lo mismo y se ofrezca a sí mismo en sacrificio por ellos” (Lutero, 1995a, p. 130) y confían en la reconciliación con él por medio de la eucaristía

---

en el pensamiento de Agustín, se desarrolló en occidente el concepto de sí-mismo como espacio interior privado (cfr. *Conf.* 10.17.26), la idea de que podemos volvernos a este espacio para buscar a Dios (cfr. *Conf.* 7. 10. 16), y la concepción de la palabra y del sacramento como signos exteriores que expresan realidades interiores (cfr. *doc. Chri.* 2.2.3-2.3.4; *civ. Dei* 10,5) (Cary, 2001).

y confían en que Dios como padre concede la gracia y prepara la vida eterna,

Todos estos, donde quiera que estén, son verdaderos sacerdotes y celebran verdaderamente de manera justa la misa, y así obtienen aquello que desean. Es la fe en realidad que debe hacer todo. Ella sola es el verdadero oficio sacerdotal y no deja que otros lo sean; por eso todos los cristianos son sacerdotes, todas las mujeres son sacerdotisas, que sean estos jóvenes o viejos, señores o siervos, señoras o mujeres de servicio, personas instruidas o privadas de cultura. Aquí no hay ningún nivel de diferencia, a no ser que sea diferente el nivel de la fe (Lutero, 1995a, p. 130).

La fe es la manera de garantizar que la celebración de la misa no es una cosa exterior, sino que es una celebración desde el interior. Por eso Lutero no entiende cómo las misas se ven por muchos como algo que la persona presenta a Dios en pago de algo; en otras palabras, las misas se convierten en negocio<sup>17</sup> hasta el punto de olvidar la realidad de la presencia de Cristo con su cuerpo

---

<sup>17</sup> Sobre este punto critica Lutero el hecho de que muchas eucaristías venían pagadas para que otros las celebraran por ellos y lo hacían a cambio de favores, para conseguir riquezas y convertirse en personas ricas, o para tener un día seguro, sin problemas ni peligros, o para que alguien recuperara la salud; y lo que para Lutero es más escandaloso es que ese dinero que se recogía se destinaba para lo que el sacerdote quisiera y, además, esto hace que unas misas sean más importantes que otras, que sean de cierto nivel. Para Lutero todas las misas son iguales, no hay misas especiales (es como hoy cuando se intenta estratificar las celebraciones eucarísticas llamadas de “sanación”, presentándolas en un escalón superior a las demás celebraciones, y es que ¿las demás eucaristías no son sanadoras?). Junto a esto Lutero pone de presente que muchas veces las motivaciones no son buenas y muchos sacerdotes buscan celebrar muchas misas para de esa manera obtener más dinero, o como dice Lutero más bienes terrenos y no por amor a Dios (Lutero, 1995a). En este punto es interesante el análisis que hace S. Marsili sobre la problemática de la Reforma con las prácticas y abusos eucarísticos de la época, y la respuesta de Trento (Marsili, 1992).

y con su sangre y de gozar de ese amor que viene de él, “la misa ha sido instituida para predicar y alabar a Cristo, para celebrar su pasión y todas sus gracias y su benevolencia, para que nosotros fuéramos impulsados a amarlo, a esperar y a creer en él” (Lutero, 1995a, p. 136). Y precisamente por esta importancia de creer en Cristo, Lutero enfatiza la importancia de la Palabra de Dios en las celebraciones eucarísticas, porque para él es absurdo y una gran calamidad que el evangelio no se encuentre en la misa.

El Concilio Vaticano II no es ajeno a este deseo que con el movimiento bíblico que buscaba retornar a las fuentes mismas de la Sagrada Escritura, se planteaba igualmente la importancia de su centralidad en las celebraciones litúrgicas de la Iglesia. Es así como los padres conciliares expresaron a su vez esta misma necesidad. “A fin de que la mesa de la Palabra de Dios se prepare con más abundancia para los fieles ábranse con mayor amplitud los tesoros de la Biblia, de modo que, en un período determinado de años, se lean al pueblo las partes más significativas de la Sagrada Escritura” (SC 51) y además recomendó encarecidamente la homilía para que a partir de los textos sagrados sean instruidos los fieles y se expongan “los misterios de la fe y las normas de la vida cristiana (SC 52)” (Lutero, 1995a, p. 136).

Además el Concilio dará un impulso a la lectura y el estudio de la Sagrada Escritura, con el deseo que “la palabra de Dios se difunda y resplandezca y el tesoro de la revelación, confiado a la Iglesia, llene más y más los corazones de los hombres” y a renglón seguido expresa la importancia para la vida del cristiano cuando afirma que “como la vida de la Iglesia recibe su incremento de la renovación constante del misterio Eucarístico, así es

de esperar un nuevo impulso de la vida espiritual de la acrecida veneración de la Palabra de Dios que “permanece para siempre” (Is., 40,8; cf. 1 Pe., 1,23-25)” (DV 26). (Lutero, 1995a, p. 136).

En este punto, afirma Lutero, que lo importante en la celebración de la misa es la fe, se debe acercarse a la misa por la fe, no por otros intereses o presentando a Dios obras buenas para que él cumpla su promesa, como queriéndolo obligar a darnos algo que él nos ha dado como don, porque no hemos sido nosotros quienes hemos hecho el testamento, sino que ha sido Jesús, por eso, primero está la Palabra de Dios que promete y luego está la respuesta del hombre que acepta con la fe. “Primero que todo está la Palabra de Dios: a ella sigue la fe y a la fe la caridad. La caridad, después, produce toda obra buena, porque no puede hacer el mal; al contrario, ella representa el pleno cumplimiento de la ley (Rom 13,10) (Lutero, 2006, p. 96)”<sup>18</sup>. Un poco más adelante dirá que Dios no necesita de nuestras obras, sino que somos nosotros quienes en realidad necesitamos de las obras para mantener nuestras relaciones fraternas, para vivir la caridad con los demás y con nosotros mismos<sup>19</sup>.

Martín Lutero insiste constantemente sobre la importancia de dar a los fieles el sacramento completo de la eucaristía, es decir, el pan y el vino, porque así lo presentan los evangelios y el mismo Pablo en la carta a los corintios;

---

<sup>18</sup> A renglón seguido afirma Lutero que el hombre solo debe adherirse a la promesa de Dios para alcanzar la salvación, porque el hombre no puede alcanzar la salvación solamente con las obras (Lutero, 2006).

<sup>19</sup> “*Delle opere lui non se ne cura e non ne ha bisogno: siamo piuttosto noi che con le opere dobbiamo agire verso gli altri e verso noi stessi... senza fede chi può sperare? Chi può amare? Senza fede, speranza e carità che culto ci può essere?*” (Lutero, 2006, p. 139).

por eso él no comprende cómo, según la costumbre de la época, no se distribuya la comunión completa con el pan y con el vino a los laicos, quedando reservado solamente al clero; en esta línea afirma que “si Cristo ha dado el sacramento al mismo tiempo también a los laicos, por consiguiente inevitablemente a ellos no se les debe negar las dos especies” (Lutero, 2006, p. 83)<sup>20</sup>.

Recordemos también que esta afirmación de Lutero se fundamenta en la centralidad que él hace de la Sagrada Escritura, en la cual no se encuentra la prohibición de dar también el cáliz a los laicos. Este reclamo que Lutero hacía en aquel momento de alguna manera encuentra un eco en el Concilio Vaticano II cuando éste recomienda una *participación más perfecta en la misa*, aunque aún se mantiene el recelo por la comunión con las dos especies:

Se recomienda especialmente la participación más perfecta en la misa, la cual consiste en que los fieles, después de la comunión del sacerdote, reciban del mismo sacrificio el Cuerpo del Señor. Manteniendo firmes los principios dogmáticos declarados por el Concilio de Trento, la comunión bajo ambas especies puede concederse en los casos que la Sede Apostólica determine, tanto a los clérigos y religiosos como a los laicos, a juicio de los Obispos, como, por ejemplo, a los ordenados en la Misa de su sagrada ordenación, a los profesos

---

<sup>20</sup> Y continúa Lutero en las mismas páginas con el desarrollo de esta idea, preguntándose porqué para el sacerdote es obligatorio recibir la comunión con las dos especies para recibir completo este sacramento que no se puede dividir, y en cambio para los laicos se puede dar solamente con una especie, diciendo que para ellos sí está completo el sacramento. Es un razonamiento que despierta ciertas inquietudes al respecto.

en la Misa de su profesión religiosa, a los neófitos en la Misa que sigue al bautismo (SC 55) (Lutero, 2006, p. 83).

Ahora bien, por la importancia y la centralidad que la eucaristía tiene en la vida del cristiano, para Lutero no se justifica que sea negada la comunión a algunos cristianos, todos están invitados a participar de esta celebración sin importar si son ciegos o paralíticos, ricos o pobres. Y termina afirmando lo siguiente: “Prestemos mucha atención más bien a la promesa divina y a la fe, y las buenas obras seguramente arribarán. En esto Dios nos ayude. Amén” (Lutero, 1995a, p. 145).

Para Lutero, Jesús no ordenó prohibir dar el cáliz a los laicos, sino que simplemente dejó a la libertad de cada uno el recibir solo el pan o también el vino, por lo tanto, según el reformador, el recibir la comunión con las dos especies correspondería más bien a la libertad de los fieles y no a una imposición del clero, así como los sacerdotes no deben obligar a los fieles a recibir el bautismo ni la absolución, sino que es por iniciativa de los laicos, por el derecho que tienen, que pueden pedir a los sacerdotes el bautismo o la absolución. Insistentemente hace su reclamo sobre este punto, e incluso llega a pedir que se celebre un concilio general para que trate este punto tan importante e indispensable en referencia a la comunión completa también para los laicos (Lutero, 2006).

Hablando de esta necesidad de la comunión con las dos especies, Lutero dice que cuando Jesús instituyó este sacramento con el pan y con el vino, ha dejado su carne y su sangre verdaderas en ellos, para que a los cristianos se les dé un signo o un sacramento completo y no solo una parte.

Porque como el pan viene transformado en su cuerpo natural, y el vino en su sangre verdadera y natural, en la misma medida somos también verdaderamente atraídos y transformados en el cuerpo espiritual, es decir, en la comunión de Cristo y de todos los santos, y por medio de este sacramento somos constituidos en todas las virtudes y gracias de Cristo y de sus santos (Lutero, 1967, p. 309)

En una predicación sobre el texto del evangelio de san Juan (17, 10c-12), Lutero hace gran énfasis en la unidad de la Iglesia en Cristo y tomando el ejemplo del cuerpo usado por el apóstol Pablo a los corintios (1 Cor. 10,17; 12,12ss), presenta la diversidad que existe entre todos los cristianos sin que por eso se impida la comunión; y esto no a raíz del cristiano en sí mismo sino a ejemplo de la relación entre el Padre y el Hijo que *son uno*.

Pero ¿qué significa ser uno? Es una realidad que no vemos, debemos creerla... Los cristianos constituyen una unidad como mi cuerpo es una realidad unitaria. Cierto, existe también una comunión de las almas, cuando hay convergencia de entendimientos, pero la unidad se expresa mucho mejor con el cuerpo. Es más, la unidad constituida de los diversos miembros que forman tu cuerpo es mayor de aquella representada por una convergencia de ideas entre otra persona y tú. Tu cuerpo representa una sola realidad (Lutero, 1985, p. 83).

La comunión no es simplemente un ponerse de acuerdo, no se puede reducir a una igualdad de pensamientos y de opiniones; una cosa es uniformidad y otra muy distinta la comunión. Cuando hay uniformidad se busca que todo sea igual: las mismas costumbres, las mismas ideas, hasta los mismos vestidos, el mismo peinado... no

se admite la diferencia; en cambio la comunión admite la diversidad, porque de esta manera al ponerlas en común se enriquece la comunidad. Y en este punto podemos encontrar reflejado en cierto modo la insistencia continua de san Agustín cuando pedía a los cristianos la unidad, y lo exigía de manera concreta a sus monjes que estaban en el monasterio<sup>21</sup>. “No somos solamente iguales entre nosotros, somos también uno. Se dice *comunión* de los santos, no igualdad” afirma Lutero (Lutero, 1985).

En su primera obra sobre la Eucaristía, “el Sermón sobre el Cuerpo de Cristo”, afirma Lutero la importancia de este sacramento en razón a lo que éste significa y produce:

Porque este sacramento significa una completa unión y una indivisible comunión de los santos” y por esto, continúa, “se designa también comúnmente con el nombre de *synaxis* o mejor *communio*, que significa precisamente comunión”, y es que esta comunión se deriva de Cristo que con todos los santos conforma un cuerpo espiritual, “así todos los santos son miembros de Cristo y de la Iglesia, que es una espiritual y eterna ciudad de Dios. (Lutero, 1967)

A partir de este presupuesto, Lutero afirma la necesidad de recibir el pan y el vino, porque así se recibe realmente “un signo cierto de esta comunión e incorporación con

---

<sup>21</sup> San Agustín usa muchas imágenes en sus sermones para plantear el tema de la comunión cristiana sin menoscabo de la diferencia, así por ejemplo usa la imagen de la construcción de un templo donde todos los diferentes elementos se unen armónicamente (serm 336,1); la misma idea resuena en la imagen del pan cuando habla de la eucaristía (serm. 229, 272), o cuando usa la figura del coro o del concierto donde se unen las diferentes voces o los diferentes instrumentos para producir una armoniosa melodía agradable al oído (serm 119, 149 y 150), y muchas otras imágenes más.

Cristo y con todos los santos... Así lo afirma san Pablo (1 Cor 10,17): «nosotros que participamos a un solo pan y a un solo cáliz, somos todos un pan y un cuerpo» (Lutero, 1967, p. 96)<sup>22</sup>.

Lutero continúa su reflexión afirmando continuamente la misma idea de la comunión cristiana a ejemplo de un cuerpo y a imagen del Padre y el Hijo; “como nosotros, cristianos, somos un solo cuerpo, así el Padre y el Hijo son un solo Dios” (Lutero, 1985, p. 87), así también nosotros somos un solo cuerpo. Para Lutero, que conoció de primera mano la espiritualidad agustiniana, es muy claro la universalidad de la Iglesia hasta el punto de abarcar todo, los fieles y la Trinidad, pasado y presente, por eso insiste en las consecuencias de nuestras relaciones con los demás, y citando a san Pablo recuerda aquella advertencia: “si sufre un miembro, todos los demás sufren con él. Si un miembro es honrado, todos los demás toman parte en su gozo” (1 Cor 12,26), y anota que si un cristiano es atacado no solamente es atacado él, sino en él también toda la Iglesia, todo el cuerpo. “Nosotros tenemos esta consolación: si alguno se lanza en contra mío, se lanza contra Pedro, Pablo, María, Isaías y Cristo mismo” (Lutero, 1985, p. 680). Y continúa con la misma idea desarrollando ejemplos sobre el cuerpo, cuando una parte de éste, así sea en un lugar muy pequeño, sufre una pinchada o un golpe, todo se resiente y se alarma y busca calmar el dolor<sup>23</sup>.

---

<sup>22</sup> El Vaticano II también hará gran énfasis en el símil del cuerpo referido a la Iglesia, a su unión entre sí y con Cristo, claro está, su referencia es ante todo bíblica antes que luterana (cfr: punto 1.5 del capítulo anterior de este trabajo).

<sup>23</sup> En este punto, aunque explícitamente Lutero no hace referencia a una cita específica de san Agustín, sin embargo, los ejemplos que utiliza son muy semejantes a los usados por el obispo de Hipona, basta mirar el comentario a la primera carta de san Juan cuando entre otras cosas dice que si te pisan un pie todo el cuerpo se resiente y la boca expresa: ¿por qué me pisan? (Comentario a 1 Jn 10,8).

Lutero enfatiza también, en otro de sus escritos, que todas estas imágenes que la Escritura presenta para hablar de la unión nuestra con Cristo deben ser tenidas en consideración, porque en esas se pone de manifiesto la responsabilidad de los unos para con los otros. La comunión que se realiza entre Cristo y los creyentes es el fruto que produce la eucaristía, y es por esto por lo que el cristiano debe acercarse con confianza con frecuencia, y al respecto escribe:

Él ha instituido, prefiriendo sobre otros, estas dos formas del pan y del vino, para expresar más ampliamente la unidad y la comunión que se cumple en este sacramento; porque no hay unión más íntima, profunda, indivisible que la unión del alimento con el que se nutre, en cuanto que el alimento penetra y se transforma en su misma naturaleza, y se convierte en un solo ser con el que se alimenta... Igualmente nosotros, en el sacramento, nos unimos con Cristo y nos incorporamos con sus santos hasta el punto, que él asume nuestras partes, hace, no hace por nosotros, como si él fuera aquello que somos, y aquello que nos acontece también a él acontece, y más que a nosotros; para que también nosotros podamos asumir sus partes, como si fuéramos aquello que él es (Lutero, 1967, p. 309).

¿Pero en qué consiste precisamente la comunión?, se pregunta Lutero en una de sus obras, y se responde afirmando que ésta consiste en “que todos los bienes espirituales de Cristo y de sus santos son compartidos y se vuelven comunes a aquel que recibe el sacramento, y a la inversa también todos los dolores y los pecados se

vuelven comunes, y así el amor se enciende al amor, y une” (Lutero, 1967, p. 301).

En este sentido, para Lutero un sacerdote debe ser un servidor de la Iglesia y su función fundamental es distribuir los sacramentos y predicar la Palabra. “Es por eso por lo que, desde los antiguos Padres, es también llamada *communio*, es decir comunión, porque no solo el sacerdote debe tomarla, sino también los demás, en general, deben recibirla con él” (Lutero, 1996, p. 294); y un poco más adelante vuelve a escribir que la intención de Cristo es que la eucaristía “sea un sacramento común, de compartir con los demás cristianos” (Lutero, 1996, p. 296).

Ahora bien, podemos afirmar que la eucaristía es fuente y culmen de la Iglesia, que para conocer qué clase de Iglesia somos debemos mirar la eucaristía; para saber qué clase de cristianos somos, debemos revisar cómo celebramos, cómo vivimos la eucaristía. Y Lutero en este punto, haciendo referencia explícita al san Pablo, plantea dos cosas importantes en el momento de mirar la eucaristía: la fe y el amor.

Más bien él (*San Pablo*) resume brevemente cuál debe ser una vida plenamente cristiana, es decir, fe y amor: fe en Dios, que se afianza a Cristo y recibe la remisión de los pecados sin ninguna obra; seguidamente el amor por el prójimo, que, en cuanto fruto de la fe, prueba que la fe es auténtica y no ociosa y falsa, sino activa y viviente. (Lutero, 1996, p. 339)

Y en contra de aquellos sacerdotes y obispos que se dedicaban solamente a consagrar el pan y el vino en el cuerpo y la sangre de Cristo, Lutero afirma que ante todo éstos deben ser pastores, deben desempeñar un oficio

pastoral<sup>24</sup>, y como ejemplo presenta a san Agustín de quien dice que fue consagrado y ordenado obispo en una parroquia pequeña, y sin embargo se convirtió en un ejemplo de pastor más grande e importante que cualquier papa, cardenal, arzobispo que haya existido o que pueda existir en el cristianismo.

Y el mismo pequeño pastor y obispo san Agustín consagró y ordenó muchos pastores y obispos en su pequeña parroquia (porque se trataba todavía de pastores y no ya de obispos consagrantes o de obispos príncipes), que eran pedidos y llamados de otras ciudades, así como nosotros podemos ordenar y enviar pastores desde nuestra parroquia de Wittenberg a otras ciudades que los piden y que no tienen pastores. La ordenación debe consistir en el llamar y conferir el ministerio pastoral (Lutero, 1996, p. 355).

De hecho, dice Lutero, los ministerios y los sacramentos no son nuestros, en el sentido que no son creados por nosotros, sino por Cristo, él los ha ordenado y la Iglesia los ha recibido de él para que sean usados en bien de todos los cristianos hasta el final de los tiempos. Y por eso no está permitido que nosotros hagamos con ellos aquello que nos parece según nuestros intereses (Lutero, 1996, p. 355).

Para Martín Lutero, como hemos visto en el recorrido de este capítulo, la eucaristía se constituye en el centro

---

<sup>24</sup> En este punto es importante la insistencia del Vaticano II cuando expresa la necesidad de que los obispos sean realmente pastores de las comunidades a él encomendadas. LG, en su capítulo III, recuerda la responsabilidad de santificar, enseñar y regir al Pueblo de Dios (LG 21. 25), de ser testimonios de fe y de comunión (LG 18. 22; PO 7; CD 4-5), de vivir según el mandato del Señor en verdadero servicio como pastores ejercitando la *diakonia* (LG 24; CD 36).

innegable de la vida del cristiano y se constituye por eso en el centro de las celebraciones litúrgicas de la comunidad. La Eucaristía no puede ser simplemente un reunirse en común, sino que debe ser un reunirse en comunión entre sí, con los demás y con la Trinidad misma que se hace presente. Ya veremos en el siguiente capítulo, como San Agustín inicia toda esta reflexión que hemos desarrollado sobre la eucaristía y que el Concilio Vaticano II ha recogido en sus diferentes documentos, como heredero y portavoz de toda la tradición agustiniana, y encontraremos también planteamientos que Lutero ha recogido en su reflexión y que hemos tratado de plasmar brevemente en el presente capítulo.

## **Conclusión**

Martín Lutero, por su parte, aunque centrado más en la parte pastoral que teológica, no estaba lejos de esta reflexión; y de frente a una sociedad turbulenta y una iglesia con necesidad de renovación, presentó la necesidad de recuperar el carácter comunitario de la eucaristía, buscó renovar el sentido de asamblea que se reúne en torno a la mesa de Cristo a compartir la fe y la caridad, y por eso se entiende cómo él quita muchas cosas de la celebración, ya que según él no permitían vivir verdaderamente a plenitud la sencillez con la que Cristo celebró la cena con sus discípulos. La eucaristía es para Lutero el centro de la vida cristiana. La caridad y la fe serán dos pilares importantes en los cuales Lutero manifiesta cómo los fieles se unen a Cristo a través de la celebración comunitaria de la Cena del Señor, pero sin dar gran importancia a las obras buenas que el cristiano pueda realizar.

Después de muchos siglos transcurridos, la figura de Martín Lutero ha ido recobrando su importancia para

las generaciones más recientes; varios aspectos de su pensamiento pueden ser revalorados hoy para descubrir aportes valiosos a la teología actual, como lo hemos intentado realizar en el presente trabajo. Además, hemos podido notar cómo Lutero, de manera directa o indirecta en muchos pasajes de sus obras, tiene como referente a san Agustín, de quien se convirtió en discípulo en el convento agustino de Erfurt y luego como profesor y teólogo en Wittenberg; claro está, sin desconocer las diferencias que innegablemente se pueden encontrar tanto en la acción como en lo escrito.

Así, por ejemplo, es interesante resaltar cómo Lutero da centralidad a la vida del cristiano en Cristo, a través de la Eucaristía, la fe y la Sagrada Escritura, aspectos que de alguna manera bebió de la fuente agustiniana:

Con san Agustín habrá que empezar diciendo que la Sagrada Escritura era el fundamento, el gozne y el alma de su teología, tanto de la predicada como de la escrita, de suerte que ella era, en consecuencia, el vértice, ella el centro... de cualquier disputa teológica emprendida. (Langa, 1988)

Igualmente, de la espiritualidad agustiniana Lutero aprendió a construir día tras día la fraternidad, aspecto que para un agustino es de vital importancia. Crear comunidad, crear comunión es un trabajo de todos y cada uno, de poner las diferencias en favor de las personas, de vivir en comunión a semejanza de los miembros del cuerpo. Y Lutero, al hablar de la eucaristía exige constantemente un sentido de familia, de fraternidad, de comunión; así, por ejemplo, como lo anotamos en la segunda parte de este trabajo, en el *Sermón sobre el venerable sacramento del santo y verdadero cuerpo de Cristo y sobre las*

*confraternidades*, “esa obra se desarrolla toda en torno al tema del amor en unidad. Solidaridad, compartir, comunión: son estos los dones que surgen del *sacramento del cuerpo de Cristo*” (Lutero, 1995c, p. 309).

Sin embargo, no podemos desconocer las posibles distancias entre estos dos hombres. La eucaristía se constituye para Lutero en una preocupación que parte de la problemática pastoral de su época, por eso él insistirá tanto en las celebraciones de la Cena del Señor un tanto más cercanas a aquellas realizadas por las primeras comunidades cristianas que vivían de la eucaristía y que toda su labor pastoral partía de ella y retornaba constantemente para purificarla de otros acentos que distorsionaban dicha celebración, tales como las supersticiones o la magia. En este punto, podemos reconocer un eje importante en la reflexión de Lutero.

## **Referencias**

- AA. VV. (2007). *Marietti, Anámnesis 3/2, V Ristampa*. Genova-Milano 2007, 85.
- Aldazabal, J. (2008). La eucaristía. En D. Borobio, *La celebración de la Iglesia. II. Los sacramentos* (p. 369). Editorial Salamanca.
- Cary, P. (2001). Interioridad. En A. Fitzgerald, *Diccionario de San Agustín, San Agustín a través del tiempo* (p. 739). España, Monte Carmelo.
- Caspani, P., & Magnoli, C. (2001). L'Eucaristia nei testi di Martin Lutero. *La scuola cattolica*, 129 (2), 597-679.
- Discurso del Papa Benedicto XVI. (2001). *Encuentro con los representantes del Consejo de la Iglesia Evangélica*

*en Alemania, Erfurt, 23 de septiembre de 2011.*  
[https://www.vatican.va/content/benedict-xvi/es/speeches/2011/september/documents/hf\\_ben-xvi\\_spe\\_20110923\\_evangelical-church-erfurt.html](https://www.vatican.va/content/benedict-xvi/es/speeches/2011/september/documents/hf_ben-xvi_spe_20110923_evangelical-church-erfurt.html).

Kehl, M. (1996). *La Iglesia, Eclesiología Católica*. Salamanca: Sígueme.

Langa, P. (1988). *Introducción general a los escritos anti-donatistas*. Madrid: Editorial Católica.

Lazcano, R. (2009). *Biografía de Martín Lutero (1483-1546)*. Madrid: Editorial agustiniana.

Lutero, M. (1967). Sermone sul venerabile sacramento del santo vero corpo di Cristo e sulle confraternite. En V. Vinay, *Scritti religiosi di Martín Lutero*. Italia: Miegge, Giovanni (ed.).

\_\_\_\_\_. (1984). *La Scrittura sostegno della Chiesa, predica nella seconda domenica d'Avvento*. Gandolfo, Giuliana (ed).

\_\_\_\_\_. (1995a). Un sermone sul nuovo testamento, cioè sulla santa cena (1520). En C. Torino, *Messa, sacrificio e sacerdozio* (pp. 1520-1533). Nitti Silvana.

\_\_\_\_\_. (1995b). *Guidizio di Martín Lutero sulla necessità di abolire la messa privata (1521)*. NITTI Silvana (ed) - *Messa, sacrificio e sacerdozio*.

\_\_\_\_\_. (2006). *La cattività Babilonese della Chiesa (1520)*, (A cura di). Claudiana, Torino.

\_\_\_\_\_. (1985). *La unità della Chiesa in Cristo. Predica feriale nella chiesa parrocchiale*. In: *Lutero, Prediche*

*sulla chiesa e lo Spirito Santo*, Torino: Gandolfo, Giuliana (ed.).

\_\_\_\_\_. (1995c). *Messa, sacrificio e sacerdozio*, 39. Italia: Claudianna.

\_\_\_\_\_. (1996). *La messa privata e la consacrazione dei preti, (1533)*. In: *Messa, sacrificio e sacerdozio (152-1521-1533)*. NITTI Silvana (ed.), Claudianna, Torino.

\_\_\_\_\_. 2006). *La Cattività Babilonese Della Chiesa*. Italia: Fulvio Ferrario.

Marsili, S. (1992). L'eucaristia nel Magistero del Concilio di Trento. AA. VV., *Eucaristia, teologia e storia della celebrazione*.